

EL SENTIDO DE LA ILUSION

Rafael Carías

Universidad de Carabobo
Valencia, Venezuela

Pareciera que la ilusión creciera en la fronda de un paraíso todo flores y ríos. No es así, por lo menos no siempre. La ilusión se da y tal vez con mayor razón de ser en lugares áridos y duros donde las pocas cosas que sean del agrado del hombre se esperan y se miran con la mayor ilusión. El sol es una ilusión para el nórdico que pasa los días envuelto en nubes. La sombra es una ilusión para el sureño que se tiende bajo el alero. El agua, el mar, son ilusiones para los beduinos del desierto. La geografía dura y la vida difícil no apagan la llama de la ilusión, antes la encienden. Desde luego hay más genuina ilusión en el sur que en el norte. Los pueblos del sol y de la aridez tienen más brillo en los ojos y se entusiasman y añoran. ¿Por qué?

El objeto de la ilusión no es necesariamente algo grandioso y masivamente magnífico. Justamente la intensidad de la ilusión no está en proporción con la medida del objeto, sino con la significación de ese objeto.

Es precisamente el detalle lo que arrebató la ilusión. El pan puede estar duro, pero el panadero ha puesto sus iniciales sobre la corteza y esto basta, el pan se lleva a la casa con gran ilusión.

La lista de los graduandos en una Universidad aparece oficialmente en un diario de la ciudad universitaria; el joven extranjero lo recorta y se lo envía a su madre. A mí, no me importa, dice, pero a mi madre le hace ilusión. Y así, infinidad de pequeñas cosas: el obrero ve con ilusión esa media hora más temprano que podrá salir según el nuevo horario, al otro le alegra la perspectiva de un pic-nic a fin de semana entre los olivos.

Los gitanos, ¡oh encarnación de ilusiones! Mientras más pobres, más felices son con los acontecimientos menudos que aguardan. Florece pues la ilusión en un ambiente yermo y se nutre de la luz. Desde luego, el que lo tiene todo no tiene ilusiones. La indigencia es condición para esa percepción de luz en las cosas. Lo ve color de rosa, es cierto, pero hay quien por ver la cruda realidad no ve la luminosidad de las cosas. Las cosas están llenas de luz, especialmente los detalles significativos. El hombre del sur, nacido con el sol sabe ver la luz en la opacidad de las cosas y esa luz lo fascina y lo ilusiona. No es un engañado (¡un iluso!) sino al contrario un vidente. Y porque ve el ser y la verdad y la armonía de los pequeños receptáculos de vida, por eso se entusiasma y los admira. Sus ojos son distintos porque captan algo que los hombres pragmáticos y fríos del norte no ven. De aquí que la ilusión sea ante todo una visión y una anticipación: el hombre se ve a sí mismo y se presente en medio de aquellas cosas que le hacen ilusión.

LA ILUSION DE LO PEQUEÑO.

¿Por qué son las cosas pequeñas las que ilusionan? Los orientales dicen: cuando Dios quiere hacer feliz a alguien hace que pierda el burro y que lo vuelva a encontrar. Poco importa el tamaño si ese objeto llena nuestro corazón. Y además nuestro corazón se llena más fácilmente con cosas pequeñas. Pregunta de nuevo, ¿por qué? ¿Por qué es el detalle lo decisivo en favor o en contra?

San Francisco de Asís se entretenía con los pequeños vivientes y también se dirigía a los grandes como si fueran pequeños. El hombre hace primero una reducción y no sin causa son los diminutivos los términos con que se expresa el cariño. Otra vez, ¿por qué? ¿Será que en la ilusión el ánimo quiere abarcar y encerrar en sí el objeto que desea? ¿El corazón se siente como un mar, y en él, navegando las ilusiones? La relación continente-contenido se nos muestra esencial en la situación de ilusión, por eso lo pequeño es lo que como punto de atracción cautiva. El niño, venero de ilusiones, pide a los Reyes Magos un caballo de juguete con pelo de verdad. Su ilusión está puesta en el detalle de que tenga pelo el caballito que pide. Si no lo recibe así, entonces... ¿para qué?

El objeto de la ilusión se nos presenta por lo tanto muy concreto, y en esta o aquella determinación es de la más alta importancia. Esto nos indica que el objeto de la ilusión no es algo aéreo y ambiguo, como pudiera creerse y que los sueños de la ilusión no son algo desprendidos de la realidad.

CREACION CONTINUA.

La ilusión desde luego es futurista, se proyecta hacia adelante y trata de aprisionar al futuro desde ahora por medio de esa anticipación hace poco mencionada. Si causa ilusión ya vivir de antemano ese momento, es porque su llegada no elimina la ilusión sino que la mantiene. La verdadera ilusión vive todavía del recuerdo y de la añoranza. En todas esas relaciones para con el futuro y el pasado está el dinamismo de esa situación que estudiamos. Dinamismo rectilíneo hacia el futuro en su unicidad, porque no se disminuye el aspecto novedoso aunque mil veces haya ocurrido. Ilusión por la cosecha, o la festividad de la cosecha, como si por primera vez ocurriera. La ilusión le pule los viejos colores y la pone en su lugar entre las cosas totalmente nuevas. Hay un hálito de primera creación en este esperar ilusionado. Hay desde luego: historia. Todas las cosas toman su lugar y su significación precisa a lo largo de la línea del tiempo, línea recta, llena de tensión finalista, tendida por el sentido.

De aquí que el dinamismo de la ilusión sólo puede darse en los pueblos que saben que el tiempo es una creación continua, que el futuro reserva más seres y actuación de posibilidades, que tiene sentido el presente y que el pasado es también un impulso "a fergo" que empuja hacia el porvenir. En ese dinamismo pleno de sentido está la vida como historia, como un acontecimiento único en cada instante.

Al principio Dios creó la luz. La luz es el inicio de la creación, y en luz se baña toda nueva criatura. Por eso los ojos de la ilusión son ojos que ven luz en las cosas y sus menudos aspectos y bajo esa luz cobran significación para el hombre y entonces comienzan a brillar los ojos. Hay una visión, una contemplación espiritual esperanzadora y amorosa en toda esta situación.

Y así el pragmático carece de ilusiones. El calculador tiene ya el juego ganado desde el principio, pero ese arreglo destruye el juego, y la ilusión de jugar.

DON QUIJOTE Y SANCHO.

El pragmático no puede tener ilusiones porque carece de visión espiritual y de sentido de finalidad. Para este tipo de hombre la ilusión es un fenómeno inexplicable y no ve proporción entre la magnitud del anhelo y la pequeñez del objeto. Los pragmáticos no resuelven el problema de la vida, y sus previsiones los hacen volver a los tiempos prehistóricos cuando lo inconsciente tomaba el control de la vida. Cuando todo está previamente resuelto, la vida convertida en un proceso mecánico, se torna sin sentido y queda trágicamente vacía e insulsa.

La ilusión es la sal de la vida, aquello que hace que ésta valga la pena vivirse. El pragmático excluye el poder ilusionarse porque cierra los ojos del espíritu, y no ve la luz y el sentido de las cosas, sino su carácter instrumental. El futuro no tiene razón de ser para el pragmatista, ya que es solamente la puesta en marcha de un plan preconcebido y necesariamente dispuesto. ¿Qué ilusión podrá inspirar ver mañana el reloj marcar las cuatro de la tarde?

La diferencia entre el pragmático (Sancho) y nuestro Quijote estriba en que aquél determina el futuro, mientras éste es determinado y movido por el futuro. En otra forma: Sancho vive en un tiempo homogéneo, mientras el Quijote se mueve en un tiempo heterogéneo siempre distinto. En otra forma: Sancho trabaja con lo instrumental e inmediato, el Quijote vive con los valores en sí y las finalidades.

El tiempo para Sancho es lo que toman los procesos para realizarse. El tiempo para el Quijote es la ampliación del presente con las dimensiones de sentido y anticipaciones.

El pragmatista no crea sino que ejecuta, mientras que para el hombre de ilusiones, cada cosa es una nueva creación. Por eso hay mayor espíritu en la ilusión, y mayor voluntad, y mayor decisión, y mayor y más profunda felicidad.

Esta felicidad es genuina, a pesar de tantas observaciones escépticas que se hacen a propósito de los ilusionados: "Déjalo, para él, eso lo hace feliz, pero en realidad no es para tanto". La diferencia entre "ese" y los demás no está en lo subjetivo de su felicidad sino en el diferente grado de captar la luz y el significado de las cosas.

LA DESILUSION COMO PEDAGOGIA.

Las desilusiones particulares no destruyen el poder ilusionarse de nuevo, sino que tienden a explicar la ilusión anterior como un error de apreciación; se pensaba que el objeto era así, pero resultó ser otra cosa. La desilusión se circunscribe a un hecho muy particular y tiende a corregir deficiencias de percepción.

En la serie de ilusiones y desilusiones de la vida el resultado es un escepticismo moderado, un saber tomarse el tiempo para conocer más y mejor el objeto, mas dejando intacta la capacidad del entusiasmo y tensión propia de este estado de ánimo. Lo que la vida enseña no es la desilusión total, la indiferencia pasiva sino la lección de la circunspección y examen. El curso de la vida va desplegando diversos objetos de ilusión cada uno apropiado al estado en que se vive, al adolescente ya no le hace ilusión el trencito con sus túneles ni el oso de felpa.

En la edad madura, la sobriedad de quien ha conocido los diversos aspectos de la realidad, no se identifica con el cinismo. La vida enseña a seguir ilusionándose con acierto, con conocimiento de las posibles limitaciones y los posibles fracasos. El objeto de la educación ejercida por la vida misma no es lograr formar hombres cínicos y crudamente realistas sino hombres conscientemente audaces para empezar de nuevo, esta vez dándose cuenta de la posibilidad del error y excluyendo de esta manera las sorpresas.

En resumen: las desilusiones enseñan no a no ilusionarse sino a no desilusionarse mediante la previsión del error. Ahora: ¿es compatible una gran ilusión con esa previsión de error? Es compatible no cualquier ilusión ciega, sino la ilusión madura y consciente, mas no por eso, menos genuina.

LA FALTA DE PROYECCION.

En hombres y en pueblos las desilusiones desembocan a veces en el atolladero de la desesperación, el cinismo e indiferencia. Golpeados por la realidad que han visto ser amarga, tienen la boca llena de amargura (los llamados con eufemismo sin-sabores) y todo se les torna igualmente amargo.

Es corriente encontrarse en las columnas periodísticas este abordar la realidad política y social desde el lado irónico y despechado. Caricaturas grotescas, comentarios sarcásticos, columnas disolventes. Una risa burlesca totalmente incrédula cuya víctima principal son los "ingenuos" que confían en los demás. Ciertamente la ironía no cuesta nada, y el camino del resentimiento es la salida de los que no pudieron triunfar, pero con tantos frenos aplicados por el realismo no se podrá avanzar. Nadie niega que el freno es necesario y que los correctivos escépticos son saludables, pero no se llegará a ninguna parte a base de sarcasmos y actitudes negativas. Se podrá tal vez suprimir la ingenuidad, y el impulso ya no será el entusiasmo sino la Ley de lo más expedito. Así fríamente caerá la sociedad en el rigor del pragmatismo y se convertirá en sociedad deshumanizada. Con angustia se ven surgir por doquier expresiones negativas del humor triste, de los chistes crueles y del arte grotesco.

Tales escritores y artistas no han aprendido la verdadera lección que enseña la desilusión sino que han ido más allá y en medio de una indiferencia sin proyecciones se dedican a pasar el rato burlándose de los "engaños" de los demás.

Los desengañados adoptan la medida de desengañar al resto. El resultado es una actitud colectiva de desconfianza universal. Esto lleva a la indiferencia y a la pasividad, por eso la conducta resentida de los portavoces de la opinión es un síntoma de la sociedad misma que se ha tornado ajena a toda voluntad de acción positiva. La ironía paraliza porque tergiversa la buena fe de la obra propuesta en una finalidad reprochable. Una buena fe en favor de un proyecto es parte del dinamismo de la acción humana que no puede sustentarse sin relación a la comunidad. La acción individual sola no puede mantenerse sin que se vea correspondida por la aprobación de los otros, de aquí que el hielo de la crítica y la transformación de intención operada por la ironía imposibilitan la acción matándola de asfixia. En el ambiente sofocante de este clima irónico, es obvio que no se logren decisiones profundas.